



Existen dos clases de personas en el mundo: las que viven la vida como si fuera una película y las que, como yo, nos conformamos con imaginarnos dentro de una película cuando vamos al cine o vemos una serie en casa. En mi mente (y en el salón de casa de mis padres) he sido Bella cuando besaba por primera vez a Edward en *Crepúsculo* (nunca he sido Bella en la segunda parte de *Amanecer*, creo que eso debo dejarlo claro ahora mismo), he bailado con Channing Tatum en *Step Up* y he tocado los abdominales de Thor, con permiso de su señora y de sus preciosos niños rubios. Dejando a un lado que debería ir más a menudo al cine o que, según mi mejor amiga, mi hermana y básicamente todos mis ex profesores de la facultad de periodismo y comunicación audiovisual, tengo un gusto pésimo y anclado en la adolescencia, a mí nunca me suceden cosas de película.

Nunca.

Jamás.

Y la verdad es que me parece bien.

Si alguien me hubiese encañonado con un arma y me hubiese preguntado qué escena me gustaría vivir en primera persona, le habría dicho que cualquiera de *Love Actually* o de *Princesa por sorpresa* me iba bien. Incluso me habría conformado con alguna escena de esas películas de los ochenta o de los noventa que mi hermana mayor se empeñaba en obligarme a ver con ella cuando aún vivía en casa. En realidad, lo más probable es que si un chico se hubiese parado bajo mi balcón para darme una serenata, yo hubiese salido de la cama y le habría insultado porque no me dejaba dormir.

A mí no me ocurren cosas de película, ni en mi imaginación soy capaz de creer que podrían sucederme. Tampoco sabría elegir qué película me gustaría protagonizar, ¿una de Ryan Gosling? Sí, probablemente esa sería la opción más acertada. Sería ir sobre seguro.


Hoy es casi el último día del año, estamos a treinta de diciembre y soy de las pocas desgraciadas que está trabajando. En la revista apenas queda nadie y hace una hora mi mayor problema era que no sabía qué ponerme mañana. Hasta que he decidido mirar el celular y perder unos minutos curioseando por las redes.

Rubén me ha dejado por Instagram.

Por Instagram. Esto no lo he visto en ninguna película. Me está pasando de verdad.

No puede ser.

Rubén es mi novio, o ex novio según el texto que hay bajo la foto que acaba de colgar, una imagen de sus maletas delante de la puerta abierta de mi departamento, el lugar al que él se mudó hace cuatro meses porque acabó el contrato del suyo:

«Hoy termina una etapa. Voy a perseguir mis sueños.
#Elprimerdiadelrestodemivida  #Surfismylife #NewBeginnings #GraciasCandela 😊 #AdiósCandela».

La foto tiene veinte «me gusta» y cuatro comentarios, todos de sus amigos dándole ánimos para superar este momento y animándole a seguir adelante. Esto no puede estar pasándome, seguro que sigo dormida o que todo se trata de una de esas bromas de Rubén que nunca consigo entender.

El artículo sobre los signos del zodiaco sigue a medio escribir frente a mis narices, tengo que terminarlo antes de las tres si no quiero que el lunes Marisa me persiga, me dijo que lo quería a primera hora sin falta. Aunque dudo que alguien lo eche de menos: «¿Llevas el perfume que mejor encaja con tu horóscopo?» Los perfumes que tienen que


aparecer en el artículo están esparcidos por mi mesa y la verdad es que hay uno que me ha gustado mucho y no, no es el que encaja con mi horóscopo según la lista que me ha pasado mi jefa, que, digo yo, está atravesando una fase muy espiritual. Ayer, cuando me dijo que quería el artículo, no le pregunté de dónde había sacado la información; acepté la caja con los perfumes y me la llevé a mi cubículo. Antes de ponerme a trabajar con los perfumes tenía que terminar dos artículos más, así que salí tarde del trabajo. Cuando llegué a casa, Rubén salía de bañarse y me sonrió, me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. No fue memorable, pero estuvo bien; al terminar me dijo que parecía cansada y me dio un masaje en la espalda. No preparó la cena, Rubén está convencido de que morirá si algún día toca un sartén o algo por el estilo, pidió dos pizzas (sus dos preferidas, aunque a mí no me importa) y nos las comimos en el sofá viendo la tele.

No me dijo nada sobre que quisiera irse. Dijo que estaba harto del trabajo (Rubén es programador de videojuegos) y que sus padres tal vez visitarían ciudad de México dentro de unos meses. Tampoco me ha dicho nada esta mañana, ni siquiera se ha despertado cuando yo me he ido a trabajar.

Intento seguir con el artículo. Según la lista, si eres libra, eres dulce, romántica y sensual, y te gustan los perfumes afrutados. No sé cómo escribir esto sin que suene a estupidez, por eso he cometido la temeridad de mirar Instagram, porque quería distraerme un poco y ver si así conseguía inspirarme.

Como si hiciera falta inspiración para escribir este artículo.

Tal vez todo ha sido culpa de los perfumes, los he estado olfateando durante más de veinte minutos. Quizá me he mareado y no he leído bien el texto de Rubén.

«Hoy termina una etapa. Voy a perseguir mis sueños.
#Elprimerdialdelrestodemivida  #Surfismylife #NewBeginnings #GraciasCandela 😊 #AdiósCandela»

Sigue diciendo lo mismo, pero ahora hay un nuevo comentario de CarmenChicaBoom:

«Me alegra ver que nuestra charla te ha ayudado. Tú puedes campeón 🥰».

Odio a Carmen. Bajo la pantalla, veo una foto de mi primo y me encuentro con la foto de una bloguera que dice estar súper feliz con sus zapatos nuevos. Dejo de seguirla y vuelvo a buscar la foto de Rubén. Él ha escrito, ha respondido a Carmen:

«Sí!!!! Gracias, guapísima 🥰. De camino al aeropuerto».

Me tiembla la mandíbula, es de rabia, no voy a ponerme a llorar. Tiene que haber una explicación. Es imposible que Rubén me haya dejado por Instagram. Imposible, aunque una vocecita en mi interior insiste en que es típico de Rubén no dar la cara y utilizar estas tácticas teatrales.

En un impulso, llamo a Rubén y me acerco el teléfono a la oreja.
—¡Hola, Candela!

Ha contestado enseguida y parece contento.

—He visto tu foto en Instagram. —Sueno tan atónita como me siento. De hecho estoy tan confusa que apenas tengo voz.

—Ah, bueno, sí. No sabía si colgar esa o colgar una del aeropuerto.

—¿Qué está pasando, Rubén?

—He dejado el trabajo. Me voy a Argentina.

Suerte que estoy sentada.

—¿De vacaciones?

—No creo. Alégrate por mí, Cande. Voy a dejar toda esta mierda atrás, toda esta mediocridad.

—¿Y qué soy yo, una mierda o una mediocridad?

—Ay, nena, no te lo tomes así. No me refería a ti. Mira, tengo que colgar, estoy en la cola de los pasaportes y ya casi me toca.

Me cuelga. Ni siquiera puedo gritarle o insultarlo. No se ha disculpado, no me ha dado ninguna explicación. Dejo el teléfono con tanta fuerza encima de la mesa que lo miro para asegurarme de que no lo he roto, ahora solo me faltaría destrozar mi celular. Suelto el aliento, no voy a llorar, no quiero llorar en el trabajo. Cierro los ojos, el ruido de los teclados de mis compañeros, las conversaciones, las ruedas de las sillas deslizándose por el suelo siempre me ha parecido muy molesto, pero hoy ni siquiera lo oigo.

—¡Candela, oh Dios mío, Candela! —Es Abril que aparece corriendo por el pasillo de la oficina. Lleva el celular en la mano y tiene los ojos, ya grandes de por sí, abiertos como platos—. ¡Acabo de ver la foto de Rubén! Dime que es una broma. Ese tipo no puede haberte hecho un *Instabye*.

No sé si esa palabra existe o si Abril acaba de inventársela. Me resisto a creer que haya un nombre para que te dejen por Instagram. Es demasiado patético... tanto, como para creer que ostento el dudoso honor de ser la primera.

—No es una broma —contesto.

—Voy a matar a ese cabrón con mis propias manos. Hay que ser muy idiota para dejar a tu novia por Instagram. *Adiós, Candela*, te suelta. ¿Se puede ser más imbécil? Estás mejor sin él.

Intento sonreírle, Abril es una de las pocas fotografías en la plantilla de la revista y creo que consiguió esa hazaña porque a los dieciocho años empezó a trabajar para la primera revista del grupo Olimpo y nunca se ha ido. Además, dicen que tiene cierta amistad con la familia Barver, los propietarios, pero ella no me lo ha confirmado. Es lo más parecido a una mejor amiga. Nos llevamos diez años y creo que en realidad ella siente que me adoptó cuando nos conocimos el primer día en recepción. No sé qué haría sin ella.

—Tengo que acabar este artículo.

—¿Cómo que tienes que acabar un artículo? Tu novio acaba de dejarte por Instagram, tienes que ir tras él y arrancarle los huevos.

Abril consigue hacerme sonreír.

—Está en el aeropuerto. —Miro la hora en la pantalla de la computadora—. Ya ha pasado el control de pasaportes.

Abril coloca las manos en los reposabrazos de mi silla, las pulseiras que lleva en el brazo izquierdo casi le llegan al codo y suenan como campanillas. Gira la silla y se agacha hasta que su nariz queda a escasos centímetros de la mía. No dice nada y yo me distraigo observando la raya tan perfecta de *eyeliner* azul cobalto.

—Acaba el dichoso artículo. Vengo a buscarte dentro de una hora. Nada de excusas. Estamos a treinta de diciembre, casi todo el mundo está de vacaciones. Una hora, Candela.

Me gira la silla hacia la computadora y se va por donde ha venido con la misma rotundidad con la que ha llegado. Intento concentrarme en las letras de la pantalla cuando noto un escozor en los ojos. No, no puedo llorar aquí.

No voy a llorar aquí.

Me levanto y aprieto el botón para apagar la computadora.

—¡Abril! —No grito demasiado, el nombre de mi amiga suena fuerte porque apenas hay nadie. Ni siquiera Marisa, mi jefa, esa que dice necesitar este artículo con urgencia, está hoy en la revista—. Tengo que salir de aquí.

—Claro, vámonos ahora mismo. —Abril contesta a mi lado y noto que me empuja suavemente por el codo hacia delante—.

Tengo suerte de tener a Abril conmigo, si no hoy habría roto mi regla sobre no llorar en el trabajo. Rubén ha cortado conmigo por Instagram. ¿Seré la primera a la que pasa algo así? ¿Habrá alguien en el mundo más patético que yo? Ahora que lo pienso, ni siquiera me ha dejado, no ha tenido la valentía de decírmelo... Y no puedo evitar sentirme como una idiota; llevo meses pagando la renta e intentando no agobiarlo y apoyándolo en el trabajo.

El elevador abre las puertas y la música navideña que suena en el vestíbulo me toma desprevenida. Abril me pone el abrigo como si yo fuera una niña pequeña y me toma de la mano para jalar de mí hacia fuera. Quizá todo esto no está pasando, pienso, hasta que una señora me golpea el codo con una caja enorme.

—Perdón —farfulla desde detrás de los paquetes.

—No pasa nada.

Me duele, me ha dado justo en ese lugar que te hace sisear y ver las estrellas durante unos segundos. Pero me ha dado una excusa para soltar una lágrima y por eso no le digo que se fije por donde va. Aunque yo no soy de la clase de chica que dice esas cosas.

No. Yo soy de la clase de chica a quien se puede dejar por Instagram y tratar como si no importase, pienso de repente al recordar los *hashtags* de Rubén.

¿Por qué? ¿Cuándo decidí convertirme en esta chica tan... tan prescindible? Yo no soy así, no me siento así.

—Entra aquí.

Abril abre la puerta de un local precioso que hay cerca de la editorial.

La revista donde las dos trabajamos, *Gea*, ocupa la cuarta planta del edificio de la empresa; estamos entre la tercera, donde se encuentra el departamento contable de todo el grupo, y la quinta, donde están los abogados y el departamento de recursos humanos. Siempre he pensado que no sabían dónde ponernos y que no fueron nada originales al elegir el nombre de la revista. *Gea*, la diosa Tierra del Olimpo. ¿Cómo la habrían llamado si el grupo en vez de Olimpo se hubiese llamado Macedonia? ¿Fresa? ¿Sandía? No, sandía no, sonaría ridículo.

—¿Qué quieres beber?

La pregunta de Abril me sorprende y de repente veo que estoy sentada en una butaca de cuero. El interior de la licorería Limantour es tan bonito y apabullante como se intuye desde fuera, aunque a estas horas se encuentra casi vacío.

—Agua.

Abril me mira, abre la boca, la cierra y se dirige al mesero que está de pie esperando junto a nuestra mesa.

—Dos *gin-tonics*.

—Por supuesto, señorita, ¿qué ginebra...?

—Me da igual. Nos da igual. —Abril lo interrumpe y el chico calla algo abrumado. Abril suele producir este efecto, tengo ganas de consolarlo—. La que tú quieras —le sonrío, probablemente para compensarlo por no haberle dejado recitar la carta de ginebras y de tónicas.

—Gracias por sacarme de la revista.

—No digas tonterías, Cande. Dame tu teléfono.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que llames a Rubén o que le contestes cuando te llame para pedirte perdón.

—No va a pedirme perdón.

—Tú dame el teléfono.

—Aunque llamase, no le contestaría —me defiendo, pero aun así meto la mano en el bolso en busca del celular. Abril está tan decidida que es mejor hacerle caso y es obvio que a ella todo esto se le da mucho mejor que a mí. Creo que nunca la he visto llorar por un hombre—. ¿Has estado alguna vez enamorada, Abril?

—Dios, Cande, creía que te pondrías filosófica después de la tercera copa.

—Contéstame.

—¿Lo has estado tú?

Tengo el sí en la punta de la lengua, pero entonces aparece el mesero con nuestros dos *gin-tonics* y me callo. Mientras él le cuenta a Abril qué ginebra y qué tónica ha elegido y le sonrío embobado, me pregunto si de verdad puedo contestarle que sí a Abril. ¿Alguna vez he estado enamorada? Oh, Dios mío, creo que no.

Levanto la copa y bebo hasta vaciarla por la mitad.

—¿Estás bien, Cande? —La cabeza de Abril aparece por el lado izquierdo del mesero que sigue aquí hablando con ella—. ¿Hoy has comido algo, verdad?

—Sí. —Termino el *gin-tonic* antes de ponerme a balbucear—: Quiero otro.

—Por supuesto, señorita.

Ojalá todo fuera tan fácil como pedir una copa.

—Aún no puedo creerme que Rubén...

—No quiero hablar de eso —la interrumpo.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres que vayamos al aeropuerto? Podemos comprar un boleto a cualquier parte, pasar el control de pasaportes y buscar a Rubén dentro.

No está bromeando, lo dice completamente en serio. Eso también sería una escena de película.

—No, no quiero ir al aeropuerto.

El mesero reaparece con mi segunda bebida. La acepto y me la acerco a los labios pensativa.

—Tienes que hacer algo, Cande, no puedes quedarte como si no hubiera pasado nada. Rubén te ha dejado con una foto de mierda en Instagram.

Sé que tiene razón, sé que la estoy asustando, si estuviera llorando histérica o me hubiese subido a un taxi y hubiese perseguido a Rubén hasta el aeropuerto, Abril estaría mucho más tranquila. La cuestión es que Abril no es la única que está asustada, yo también lo estoy, siento tanta rabia que tengo miedo de empezar a soltarla.

Quizá cuando lo haga no podré parar.

—Disculpe, ¿joven?

El mesero, que bien podría protagonizar el anuncio de cualquiera de los perfumes del dichoso artículo que tengo a medias, se da la vuelta.

—¿Sí?

—¿Puede traerme otro?

Él y Abril me miran confusos, será porque la copa que sujeto en la mano aún está llena. Voy a solucionarlo. Me bebo ese segundo *gin-tonic* y dejo el vaso en la mesa.

—¿Puede traerme otro, por favor?

—Claro.

—Que sean dos más —añade Abril apresurándose a terminarse el suyo—. No voy a dejarte hacer esto sola, Candela.

—¿Sabes cuál es el problema de este país? —le pregunto a Abril media hora (y otra bebida cuyo nombre no recuerdo) más tarde.

—¿La crisis? ¿El fútbol? ¿Los políticos?—Me pregunta mientras lee algo en el celular. Quizá debería gritarle y exigirle que me prestase atención, pero si discuto con Abril seguro que me pondré a llorar como una magdalena.

Me resigno y respiro hondo para intentar calmarme. En el rato que llevamos aquí apenas ha entrado gente, me imagino que todo el mundo está ocupado con las compras decembrinas o con las preparaciones de la cena de Nochevieja. Abril y yo seguimos en nuestra mesa. Yo estoy en una butaca muy cómoda, es de cuero y cada vez que me muevo hace un ruido que me recuerda a mi abuelo. Me he quitado los zapatos y estoy sentada como una yogui. Manuel, nuestro amable mesero, me ha mirado raro, pero como está ligando con Abril no me ha dicho nada.

—Los hombres. Los hombres son el mayor problema de este país. De hecho, los hombres *son* el problema de este país.

—¿Solo los hombres?

—Bueno, supongo que alguna que otra mujer también, hay mucha zorra suelta, como Carmen, por ejemplo.

—¿Quién es Carmen?

Alargo el brazo hacia la mesa y desbloqueo el teléfono para enseñarle el comentario que Carmen ha dejado en la foto de Instagram de Rubén.

—Vaya zorra —afirma Abril—, odio a esta clase de mujeres.

—¿Qué clase?

—Esta clase.

En otras circunstancias insistiría, las teorías de Abril siempre consiguen animarme, pero hoy no. Además, quiero terminarme la copa que tengo en la mesa y seguir con mi discurso. Bebo un poco más, todo lo que me queda, y le hago señas a Manuel para que me traiga otra.

—Como te iba diciendo... —Soplo un mechón de pelo que me cae frente a los ojos. Durante un segundo me molesta comprobar lo liso y castaño que es mi pelo, lo observo como si no lo hubiera visto nunca. Quizá a las chicas con el pelo rizado y color fuego no les pasan estas cosas. No, sacudo firmemente la cabeza, lo que me ha pasado no es culpa mía. No es culpa mía—. Como te iba diciendo, el problema de este país son los hombres.

—Los hombres, ni más ni menos.

—¿Te parece poco? Si no fuera por ellos, todo nos iría de poca madre, Abril. Los hombres tienen la culpa de todo lo que nos sucede. *De todo.*

—Hombre, alguno habrá que se salve, ¿no?

—No, ninguno. Ni siquiera Manuel. —Señalo al mesero que se aleja algo confuso tras dejar mi nueva bebida encima de la mesa—. No se salva ninguno. Todos son unos tarados, Abril, piénsalo. —No espero a que me conteste y sigo hablando—. El que no tiene complejo de Peter Pan, está enamorado de su madre; el que no tiene miedo al compromiso, está buscando una chacha; el otro es tan narcisista que solo se quiere a sí mismo. No existe ni un tipo normal, ni uno, te lo digo yo. No estoy diciendo que todos tengan que ser perfectos, pero, bueno, carajo, es que no hay ninguno que llegue al diez de calificación.

—Creo que estás exagerando un poco...

—¡No me digas que exagero! Piénsalo bien, Abril. Piénsalo. ¿Cuándo fue la última vez que una de nosotras salió con alguien que

nos antepusiera a lo que él quería, a sus necesidades, a sus caprichos? ¿Cuándo? Los hombres son unos egoístas, unos cobardes, unos vagos. Niños que no crecen nunca y, si lo hacen, es para utilizarlos. Mira el marido de mi hermana, por ejemplo, ¿parece buen tipo, no? Pues no lo es, ahora a Pedro le ha dado por el *running*, que es salir a correr de toda la vida, pero con nombre idiota, y sale cada noche después del trabajo y mi hermana se queda con las niñas.

—Quizá ellos...

—No me interrumpas. Me imagino que lo han hablado, mi hermana no es tonta, la cuestión es que si Marta quisiera salir cada tarde a hacer algo, él habría montado un circo, habría llamado a su madre y cada vez que nos viéramos nos recalcaría a todos lo buen marido que es por hacerse cargo de las niñas. En cambio Marta lo hace y ya. Punto. No pide ninguna medalla. —Chasqueo los dedos—. Somos unas idiotas. ¿Sabes que Rubén no me pagaba renta? Y yo callaba porque no quería agobiarlo porque sabía que no estaba muy bien en el trabajo.

—Cande...

—No, no me consueles. Es culpa mía por no haberme dado cuenta antes de que él era un imbécil. Como todos. Es que no hay ninguno normal. En este país no hay ningún hombre que valga la pena y si quedaba alguno entre el *running*, el hipsterismo, el veganismo, *Juego de Tronos* o el último videojuego de turno los han estropeado. Ahora solo nos queda una bola de inmaduros egoístas que no están dispuestos a hacer nada por nadie. Ni siquiera por ellos mismos. ¿Sabes una cosa? —Abril me mira atónita—. Quizá sea mejor ser como ellos. Yo hasta hoy creía en el amor, pero está visto que solo son un montón de tonterías. Es como intentar encontrar un jodido unicornio. Mejor será que lo deje por imposible y que empiece a comportarme como un tipo más.

»La vida según un hombre, eso es, sin complicaciones, sin responsabilidades, yo, yo, y solo yo.

»Aunque dudo que pueda, dudo que pueda ser tan... despreocupada. Esto tiene que ser culpa del ADN. Seguro que la madre naturaleza, a pesar de ser una hembra, nos ha jodido el ADN y las mujeres somos incapaces de comportarnos con la estupidez de los hombres. La pobre debió de decidirlo así para evitar que la raza humana se extinguiera pero, qué chingados. Basta.

»Te lo juro, es que ni siquiera saben ser buenos amigos. Fíjate en Rubén, podría haberme dejado, las parejas rompen todos los días, pero ni siquiera me lo ha dicho a la cara. Se ha pasado meses viviendo a mi costa, le he aguantado las inseguridades por su trabajo, las broncas con sus padres, todo. ¿Y él se larga a hacer surf, a encontrarse a sí mismo, sin decírmelo, colgando una mierda de foto en Instagram? Espero que se encuentre y no se soporte. Y no es solo Rubén, en *Gea*, en la revista, todas contamos historias similares. Entrás al elevador y si hay una chica contigo lo más probable es que termine contándote que su chico, su pareja, su novio ha hecho no sé qué. Y lo aguantamos. Pues yo digo ¡basta! Estoy harta.

»Estoy harta de los hombres, ¿para qué los quiero? ¿Para qué me hacen falta? Para nada. ¿Para el sexo? Ni siquiera para eso son necesarios. Hay sistemas manuales, mecánicos, las pilas no fallan nunca y después no te humillan en las redes sociales.

—Los echarás de menos.

—¿A los hombres? No, qué va. ¿Por qué? ¿Por el sexo? —Me río sin ganas—. Eso es lo más fácil de solucionar y lo sabes.

—No es lo mismo.

—Mira, a pesar del mito, los hombres de este país no son buenos amantes. —Abril se atraganta y le sale bebida por la nariz. No me detengo a ayudarla porque ella lo tiene controlado, aunque en realidad parece más preocupada por el celular que por salvar la camisa que lleva—. No lo son. Son aburridos, nada imaginativos, sosos. Lentos. Vagos. No se esfuerzan en conquistarnos, en seducirnos. No sé si nos tienen miedo, quizá sea eso. O quizá no les importa satis-

facernos en la cama. Total, ya no nos satisfacen en ningún otro lado. Lo peor de todo es que o no lo saben o les da igual. Total, nosotras seguimos aquí, ¿no? Pues yo no, yo lo dejo. Estoy cansada de ser la única que se esfuerza, de buscar el lado bueno de las cosas, de tener ilusión, de intentar enamorarme. Basta. Los hombres de este país no se lo merecen. Ninguno vale la pena, ni dentro ni fuera de la cama. Las pelis y los libros románticos arrasan porque nos hacen soñar, pero en el fondo todas sabemos que nunca, nunca, nunca jamás encontraremos un hombre así. Y no lo encontraremos porque no existen. Punto. Al menos en este país. Y no me refiero a esos multimillonarios absurdos con látigos de cuero, esos no. Me refiero a un hombre de verdad, uno con corazón, con cerebro, con agallas, con ganas de... no sé, de vivir, de tener el sexo del siglo y después abrazarte y hacerte el amor durante horas, de gritar, de correr, de hacer de todo, pero contigo.

»Podría acostarme con un tipo cada día, recorrerme el país entero, de norte a sur, de este a oeste, visitar todos los pueblos y ciudades de México y estoy segura de que no encontraría ningún tipo normal. Ninguno que valiera la pena. En este país no hay ningún hombre que sepa ser un buen amigo, que sepa escuchar, que quiera escucharte, que esté dispuesto a seducirte y tener sexo salvaje al mismo tiempo. No hay ningún hombre que sepa ser un buen hijo, un buen amigo y al mismo tiempo demostrarte a ti, a su pareja, que eres la única que le importa, que te desea con locura, que se excita solo con verte sonreír. Aquí no existe ningún hombre que sepa hacerte reír y que además te tome en serio. No hay hombres que quieran enamorarse apasionadamente y que estén dispuestos a luchar por ti. No hay hombres valientes, ni honestos, ni sinceros, ni nada de nada. Aquí solo hay niños de mamá, niños egoístas, narcisistas, adultos cobardes y vagos y sin sangre en las venas, ¡solo tienen leche tibia! No hay ningún hombre en este país que se preocupe más por dar placer a la mujer que está con él que a sí mismo. No hay ningún

hombre que no piense primero en sí mismo. Yo no soy el problema, como seguro piensa Rubén en su ridícula cabecita, yo no. Yo soy la solución y por fin veo las cosas claras. Lo dejo. Los hombres de aquí están tarados de fábrica.

—Estás exagerando, Candela.

—No, no estoy exagerando. Es la pura verdad y hasta podría demostrártelo.

—¿Cómo?

—Estoy segura de que si pusiéramos un anuncio o si hiciéramos un concurso buscando a un hombre que valga la pena en este país, no ganaría ninguno. *Ninguno*. —Bebo la copa de un trago—. Porque no existe. En este país no hay ningún hombre que valga la pena.